

Juan Poblete*

➤ La Frontera como forma de experiencia cotidiana en la espacialidad post-social

Resumen: Investigo problemas derivados de la falta de correspondencia entre formas geopolíticas, sociales, económicas y culturales de territorialidad. Estos procesos de de y re-territorialización son, a su vez, el resultado general de dos procesos: la globalización y la reestructuración neoliberal. En la confluencia de ambos surge un contexto norteamericano post-social determinado por la coexistencia de regímenes de inclusión/exclusión de poblaciones racializadas. Me interesa estudiar la productividad del afecto en un contexto post-social, como exploración de la internalización de lo que llamo zonas de frontera, dentro de los Estados Unidos, y más allá de las regiones geográficamente fronterizas, en las vidas cotidianas de los migrantes y los norteamericanos. Un nuevo régimen de socialidad organiza y afecta así los cuerpos y las experiencias de los migrantes y los no-migrantes por la vía de movilizar diferencialmente sus miedos e inseguridades.

Palabras clave: Fronteras internalizadas; Post-social, Miedo, Racialización, Afecto, Estados Unidos; Siglos XX-XXI.

Abstract: I investigate problems of lack of fit between forms of geopolitical, social, economic, and cultural territoriality. These processes of de and reterritorialization are the general result of two other processes: globalization and neoliberal restructuring. What emerges out of their confluence is a post-social US national context determined by the coexistence of regimes of inclusion/exclusion of racialized populations. I am interested in studying the productivity of affect in a post-social context as an exploration of the internalization of what I call border zones, inside the United States, and beyond the geographical borderlands in the daily lives of migrants and Americans. A new regime of sociality is thus in place, organizing and affecting the bodies and experiences of migrants and non-migrants in the US by differentially mobilizing their fears and insecurities.

Keywords: Internalized Border Zones; Post-social; Fear; Racialization; Affect; United States; 20th-21st Century.

* Juan Poblete es profesor en la Universidad de California, Santa Cruz. Es autor de *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales* (2003); editor de *Critical Latin American and Latino Studies* (2003) y coeditor de *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos* (con B. González Stephan, 2009), *Redrawing the Nation. National Identity in Latin/o American Comics* (con H. Fernández L'Hoeste, 2009) y *Desdén al infortunio. Sujeto, comunicación y público en la narrativa de Pedro Lemebel* (con F.A. Blanco, 2010). Trabaja en dos proyectos de libro sobre cultura y mercado en Chile y Estados Unidos.

1. Introducción

Los estudios sobre la frontera y la espacialidad migratoria entre los Estados Unidos y México han frecuentemente presentado ciertas características definidoras. De una parte, una oscilación entre lecturas más materiales, territorializadas de la frontera y aquellas que enfatizan la desterritorialización y las resultantes nuevas formas de territorialización postnacional. Ello ha derivado a menudo en la creación de estructuras binarias que oponen lo local a lo global y a lo nacional, y tienen dificultades para entender sus múltiples formas de mediación, interpenetración y grados relativos de reconfiguración y continuidad. De otra, según se trate de éste o de aquel énfasis disciplinario en las Humanidades o las Ciencias Sociales, es posible observar espacios fronterizos fuertemente politizados (en donde los temas relevantes tienen que ver con la legitimidad de los actores y de las formas de poder involucradas, incluyendo cuestiones de ciudadanía y derechos); geopolitizados (en donde los temas tienen que ver con la naturaleza de los procesos de economía política involucrados); estetizados (en los cuales la celebración de la hibridación fronteriza alcanza a veces proporciones vanguardistas); o culturalizados (en donde se investigan formaciones discursivas y procesos culturales de alcance transnacional, regional, nacional o local, que involucran todo tipo de aspectos desde los de género a los lingüísticos, desde la etnicidad al racismo).

En todos estos casos se manifiesta la complejidad de la frontera como el espacio en que entran en contacto, por un lado, formaciones nacionales y estatales que se encuentran en una zona a menudo conflictiva generando con frecuencia una tercera forma de espacialidad, reconocible como cultura regional o local fronteriza; y, por otro, formas de organización de la producción económica y de la fuerza laboral que tienen fuertes efectos en la articulación de la socialidad con la política a ambos lados de aquella frontera.

2. La espacialidad post-social

En este trabajo propongo desarrollar un tercer eje, no alternativo sino complementario de los dos anteriores en tanto intenta incorporar algunos de sus aspectos más salientes. Este tercer aspecto es lo que podríamos llamar un eje fenomenológico. Se trata de investigar cuestiones descritas por las oposiciones visibilidad/invisibilidad, materialidad/virtualidad, incorporación/exclusión en el contexto de la vida diaria en zonas de contacto cultural y político en los Estados Unidos en tiempos de globalización neoliberal post-social. Mi hipótesis es que algunas de las dinámicas espaciales y subjetivantes que han dominado tanto la militarización de la frontera física (México/Estados Unidos) y la maquilización de la estructura productiva como la hibridación y el contacto entre lenguas y culturas en las zonas de frontera, se reproducen en el ámbito de la vida cotidiana de los migrantes y de los estadounidenses más allá de la localización geográfica fronteriza. Quiero hablar de cómo lo virtual y lo real, lo socio-político y lo económico se juntan en un régimen de socialidad que organiza y afecta los cuerpos y las experiencias tanto de los migrantes como de los no migrantes a partir de la movilización diferencial del miedo y la inseguridad. En términos más generales se trataría de estudiar fenómenos producidos por lo que Aníbal Quijano (2003) ha llamado la falta de concordancia entre la geografía social y cultural del capitalismo central y periférico. Esta reterritorialización de lo

social, lo político y lo cultural en el contexto de la globalización neoliberal ha producido desde una ampliación del concepto de ciudadanía para incorporar formas no tradicionales como la social y cultural, que van más allá de la ciudadanía política formal hasta su multiplicación en ciudadanía dobles y múltiples o su cuestionamiento en ciudadanía nulas o de exclusión/inclusión diferencial (Flores 1997; Flores/Benmayor 1997; Rotker 2000; Shafir 1998).

De este modo, junto a una significativa hispanización relativa de la composición demográfica de la población estadounidense dentro y más allá de los estados fronterizos con México, se han dado los esfuerzos xenófobos de un Samuel Huntington frente al “desafío hispánico”, o los de medidas legales como Proposition 187 en 1994 en California y ahora SB 1070 en Arizona. Todos estos casos reactivos son el resultado de una mezcla altamente combustible de varios macro factores que definen en los Estados Unidos la geografía social de lo post-social. Entre ellos menciono: una privatización del riesgo social y de su administración en sociedades post-sociales (en las cuales las pensiones, la seguridad social, la salud, la educación y otra serie de derechos a ‘servicios sociales’ antaño sólidamente establecidos son total o parcialmente privatizados, pasando a depender de las contribuciones de cada individuo y del estado del mercado financiero con el consiguiente aumento de la ansiedad y la inestabilidad) (Rose 1999); un cambio desde una economía, muchos de cuyos buenos empleos estaban en la manufactura industrial de alta intensidad de trabajo, a otra economía post-industrial de servicios y de menor intensidad laboral; una flexibilización de la fuerza de trabajo como resultado de la cual muchos empleos de baja calificación y aún de manufactura son ocupados por inmigrantes documentados o indocumentados, que reciben salarios altamente explotadores; un racismo histórico –resultado tanto de las historias de colonización y esclavitud y sus legados como de la historia de sucesivas olas migratorias europeas y no europeas– que resulta exacerbado por la necesidad psicológica y política de encontrar culpables de los cambios y movilizar votantes en tiempos de radical reestructuración de las formas de la economía, la política y lo social.

Ya en 1990, explicando las condiciones de la postmodernidad, David Harvey había hablado del quiebre del compromiso keynesiano, que otorgaba salarios que permitían el consumo a los trabajadores porque entendía producción y consumo como procesos integrados por dinámicas espaciales de coexistencia en un mismo mercado y sociedad nacionales. Hoy, en cambio, decía Harvey hace ya dos décadas, la separación de los espacios y actores involucrados en la producción (en el tercer mundo) y el consumo (en el primero), significaba el fin de tales premisas y permitía la explotación metropolitana de la fuerza de trabajo sin consideración real de sus condiciones de reproducción en el *allá* tercermundista (Harvey 1990). El nuevo espacio del neoliberalismo post-social que afecta ahora a los migrantes en los Estados Unidos está, en cambio, en proceso de transformar esa separación espacial extranacional entre un aquí y un allá distantes en una coexistencia intranacional que, aunque se beneficia económicamente de la misma desconsideración, ha internalizado intranacionalmente aquella jerarquizada geografía bipolar. Esto ocurre en un macrocontexto político epocal en que el Estado, que en el capitalismo industrial había encontrado su forma de legitimación en la expansión universalizante de derechos sociales y bienestar, busca ahora –cuando se ha producido una separación relativa entre poder y política– otra forma de legitimación, y la encuentra no en la provisión de un módico de seguridad en la forma de bienestar para *todos* sus ciudadanos, sino en la

provisión de seguridad policial y en la explotación del miedo de *algunos* ciudadanos hacia los otros, excluidos o semi-excluidos.

El espacio post-social estadounidense, entonces, se nutre de al menos tres grandes fuerzas operando en el nivel de la experiencia de la vida cotidiana de migrantes y no migrantes, que definen las formas y posibilidades de su interrelación: la privatización del riesgo y de los antiguos servicios sociales, la transformación de la estructura productiva y de empleo, y los legados históricos del racismo consuetudinario. Capitalismo, Estado, espacio y subjetividad se encuentran penetrando el cuerpo de migrantes y no migrantes, y organizando sus interrelaciones y experiencias. El propio Harvey, por ejemplo, señala que la globalización y el cuerpo son dos categorías utilizadas para entender fenómenos contemporáneos situados en los extremos de las formas de escala o perspectiva, de lo más macro y abstracto a lo más micro y concreto. Para Harvey, como para Marx antes de él, el desafío político y epistemológico es cómo conectar estas escalas a partir de una comprensión de su mutua interdependencia e interrelación (Harvey 2000: 15).

Propongo hacer este análisis, capturar la experiencia de la frontera entre cuerpos migrantes y capitalismo de lo post-industrial y post-social en los Estados Unidos, como extensión de aquellas lógicas sociales y productivas. Globalización implica en este contexto no simplemente la forma neoliberal del capitalismo contemporáneo sino también sus manifestaciones tanto o más poderosas en el ámbito de la constitución de las subjetividades sociales. Quiero pensar entonces algunos casos en que algunas dinámicas análogas a las de la frontera entre los Estados Unidos y México resultan desplazadas y multiplicadas en el ámbito de la vida cotidiana en los Estados Unidos. Lo haré en dos partes. En la primera me ocuparé de la invisibilización de los inmigrantes y su trabajo en el film *Un día sin mexicanos/A Day Without a Mexican* (2004, Sergio Arau). En la segunda, me ocuparé de algunos espacios post-sociales de frontera en el interior de los Estados Unidos.

3. Visibilidad e invisibilidad del cuerpo y trabajo migrante

Georg Simmel –uno de los pioneros en los estudios de la conexión entre individualidad, colectividad y espacio o, más precisamente, de la forma en que el individuo y la colectividad se relacionan en el contexto espacial específico de la gran ciudad moderna– sostenía que la vida en la ciudad requería una suerte de economía espacial basada en una cierta neutralización de la percepción de los otros en la calle. Para evitar una sobrecarga sensorial y hacer posible la convivencia anónima en la ciudad multitudinaria y recargada de mensajes y actores era preciso desarrollar, sostuvo Simmel, una indiferencia o incluso una forma de aversión por los otros que minimizaba el contacto y lograba establecer la distancia entre los cuerpos. El problema era que junto con esta adaptación funcional que liberaba al sujeto de algunas de sus obligaciones sociales en las sociedades tradicionales (el saludo, el reconocimiento mutuo), venía un sentimiento de insignificancia y anonimia menos satisfactorio (Simmel 1997). *Un día sin mexicanos/A Day Without a Mexican* (2004, Sergio Arau) permite comprender una extensión perversa de esta lógica de la experiencia moderna en el espacio urbano. En dicha extensión la indiferencia y la aversión hacia los otros se carga ahora de tonos jerárquicos y racistas que permiten tolerar la muy subterránea pero esencial presencia de los otros étnicos y migrantes como condi-

ción del acceso a servicios sociales –desde la salud a los alimentos pasando por el cuidado de los niños y los jardines– de otra manera imposibles. Esta indiferencia y aversión, esta tolerancia intolerante, esta cuasi in/tolerancia, van sin embargo acompañadas simultáneamente de una activa denuncia y criminalización de su presencia y de un esfuerzo violento y xenófobo por controlarlos y externalizarlos, que es precisamente el tipo de contexto que hace posible esos servicios bajo las nuevas condiciones de lo post-social. Si la neutralización de la percepción de los otros en la ciudad que estudió Simmel a comienzos del siglo XX permitía una adaptación de sujetos tradicionales a las nuevas condiciones de la urbe moderna, la vida en la ciudad post-social y en sus alrededores suburbanos en el nuevo milenio exige, en el mejor de los casos, la internalización de una forma de descuido por el otro y su suerte, y en el peor, su simultánea persecución y denuncia.

A Day Without a Mexican es además de una película de circulación comercial, un film de intervención artístico-política. Busca contrarrestar dos de las tecnologías norteamericanas más importantes para lidiar con la inmigración: la invisibilización del migrante como sujeto de derechos que permite su indiscriminada explotación y la asociada criminalización, encarcelación y expulsión de su percibido exceso que corre paralela a la penetración de la economía mexicana por el libremercado de NAFTA.

A Day Without a Mexican constituye una parodia de varios formatos visuales populares: “reality and game shows, weather reports, nightly news, talking heads, music videos, infomercials and person-in-the-street interviews” (Guttoff 2006). Estos géneros aparecen así como lo que podría llamarse, siguiendo a Toby Miller (1998), tecnologías visibles de la verdad, lógicas populares que pueden ‘producir’ ‘la verdad’ como un hecho aceptado. Puesto que una buena parte de nuestro consumo cultural en el mundo globalizado consiste en el consumo de textos en pantalla (desde la información en computadores a la televisión, los DVDs, los teléfonos celulares y todas sus combinaciones) una parodia reflexiva sobre las convenciones, códigos y prejuicios de las representaciones mediáticas se transforma inmediata y más ampliamente en un potencial análisis de la construcción social de la realidad.

El film juega con la oposición visibilidad/invisibilidad tanto al nivel de los medios como al social y propone que ambos están claramente interconectados. De este modo saca partido artístico de lo que es un problema social. La modesta campaña publicitaria en 2004 se basó en siete grandes carteles callejeros desplegados en Los Angeles. Estos decían, algunos en inglés, otros en español: “El 14 de mayo [día del estreno] no habrá mexicanos en California”. Muy inteligentemente la campaña usó el poder de hacer explícitos aspectos relativamente implícitos de la imaginación social para generar controversia y publicidad gratuita. Las editoriales en CNN, CBS, NPR, *Wall Street Journal*, *Los Angeles Times* y el *San Francisco Chronicle* siguieron casi de inmediato. De este modo, la campaña hizo visibles distintas fantasías sociales inspiradas en dos deseos contradictorios y relativamente inconscientes: una fantasía nativista y otra inmigrante. Para algunos norteamericanos, *A Day Without a Mexican* era la promesa de un ansiado e imaginario retorno al mundo estable y conocido de un pasado más simple y controlable de indiscutida hegemonía racial blanca. Para algunos inmigrantes y muchos de sus aliados, en cambio, el film prometía la posibilidad de visibilizar lo invisibilizado y recuperar a millones de trabajadores para un proyecto más democrático y actualizado de nación.

El film estrenado en el año 2004 tuvo más éxito en México (donde fue la película más vista de ese año) que en los Estados Unidos (donde apenas generó cinco millones

de dólares). Dos años más tarde, sin embargo, gozó en este último país de un inesperado segundo impulso. En efecto, en las seis semanas previas a las multitudinarias marchas nacionales de apoyo a los inmigrantes el primero de mayo de 2006 sólo los arriendos del DVD de la película produjeron más de seis millones de dólares (terra.com 2006).

De manera análoga a las múltiples marchas el filme literalmente hace trabajar políticamente a los inmigrantes por la vía de hacerlos desaparecer, transformándolos en una audiencia que, diegética y extradiegéticamente, observa atenta la reacción del resto de la sociedad ante su repentina desaparición. El truco de hacer visible, por la vía de su ausencia, la invisibilizada contribución de los inmigrantes a la provisión de servicios en una sociedad post-social, fue invertido por las históricas marchas de mayo del 2006. Mientras que en el filme el trabajo de los inmigrantes sólo podía ser apreciado y visto como ausencia, en la vida real esos mismos inmigrantes transformaron al resto de la nación en espectadores (en las calles y en los medios) de su emergencia, no sólo como valiosos trabajadores sino también en cuanto actores políticos capaces de movilizar entre 3,5 y 5 millones de personas (Bada/Fox/Seele 2006: 36).

Desafortunadamente la presencia de esos mismos Latinos, documentados e indocumentados, en un momento histórico de post-socialidad ha engendrado también una reacción negativa, visceral y extraordinariamente poderosa, en muchos sectores del público norteamericano. Si las históricas marchas del 2006 anunciaron la emergencia masiva y visible de un actor político potencial y un sujeto de derechos difícilmente teorizable en el contexto exclusivo de la política nacional tradicional, esta última demoró muy poco en reaccionar. A partir de ese momento, esos mismos actores migrantes fueron el objeto de un esfuerzo renovado de externalización y criminalización, que aunque ha adquirido sus formas más groseras en sectores ultraconservadores y leyes retrógradas como SB 1070 en Arizona, ha incluido también a sectores supuestamente progresistas. La administración Obama, por ejemplo, haciendo gala de lo que pasa por realismo político hoy, ha aceptado la necesidad de la lógica binaria de simultánea expulsión y criminalización de los migrantes en la frontera y dentro de los Estados Unidos como condición *sine que non* de cualquier posible reforma migratoria. El aumento del personal militarizado y el uso de tecnologías de hipervigilancia *en la frontera* ha ido en paralelo a la extensión y ampliación de programas como E-Verify, 287(g) y Secure Communities que, en los lugares de trabajo *en el interior* del país, buscan producir deportaciones masivas. De hecho la administración Obama deportó más de 392.000 personas en el año fiscal 2010 e incrementó el presupuesto de los servicios de control inmigratorio a 17 mil millones de dólares (Gonzales 2010: 16).

La caracterización de los migrantes mexicanos y de su presencia/ausencia virtualizada en *A Day Without a Mexican* no es, entonces, sino la representación irónica y cómica y en cierto modo invertida de procesos de incorporación excluyente o limitada, que marcan en muchos contextos de la vida en Estados Unidos los nuevos espacios fronterizos de lo cotidiano.

La frontera, entonces, se desplaza al ámbito de la vida diaria incluyendo zonas muy alejadas de la frontera geográfica. Se vuelve virtual pero no menos real. La cultura cotidiana en donde se realizan estas intervenciones se torna una frontera o zona de contacto en donde se negocian, disputan y establecen los sentidos comunes sobre lo que sea la inmigración y sobre la frontera deseada y real.

4. Fronterización de la vida cotidiana

Investigando, desde la perspectiva de una sociología postnacional, las ciudades globales y las nuevas condiciones socio-económicas y políticas creadas por la globalización, junto a la emergencia de fenómenos que penetran y descentran el estado-nación, Saskia Sassen se ha referido a un proceso que lleva desde los “national borders to embedded borderings”. Intentando descentrar el nacionalismo metodológico prevaleciente en Sociología Sassen propone pluralizar los regímenes dominantes sobre la frontera:

[...] the border to a large extent has been reduced to a geographic event and the immediate institutional apparatus through which it was controlled, protected, and generally governed. What globalization brings to this condition is the actual and heuristic disaggregating of the border [...] (2007: 214).

Junto al aparato formal que constituye la frontera como institución hay, dice Sassen, “an as yet far less formalized array of novel types of borderings [...] The geographic borderline is but one point in the chain; institutional points of border-control intervention can form long chains inside a country” (215).

Consecuente con su esfuerzo por entender cómo funciona la globalización no sólo *entre* países sino *dentro* de un país, Sassen señala que con la pluralización de regímenes de frontera (por ejemplo, los distintos tipos de liberalización y restricción que afectan la circulación de capitales y de personas) surge la pregunta, “how bordering, historically represented largely as the protection of the perimeter of national territory, functions *inside* the nation-state” (226). A partir de ella es posible pensar que cada una de estas nuevas zonas fronterizas *dentro* de la nación dependerá de una cierta mediación social y del funcionamiento de una cierta lógica de lo social.

La ciudad emerge, así, tanto como una entidad territorial cuanto como una instancia escalar específica que no se deja acotar por las tradicionales separaciones entre lo local, lo regional, lo nacional y lo global. A esto le llama Sassen un re-escalamiento de las jerarquías espaciales que definieron la modernidad industrializada. De manera similar, podemos sostener que las formas de frontera que definieron las territorialidades, los actores sociales y sus formas de habitar el espacio social y de relacionarse con los otros, sufren un proceso que es, simultáneamente, de multiplicación y de interiorización. Se multiplican las formas e interacciones de frontera o más bien, aquellas en donde predominan lo que podríamos llamar condiciones de frontera entre, por un lado, grupos, clases, segmentos ocupacionales (actores) y formas de segmentación y división espacial (espacios). Se constituye así una forma de lo que Sassen ha llamado “transnationalism in situ” (185) o “nuevas geografías transfronterizas de centralidad y marginalidad” (99). Estas nuevas geografías se fundan en dos procesos análogos y conectados: la desregulación en la parte superior (y sobrevalorada) de la economía y la informalización (en la parte inferior y subvalorada) (117).

“[...] global cities [concluye Sassen] help people experience themselves as part of global nonstate networks in their daily life. They enact some version of the global in the microspaces of daily life rather than on some putative global stage” (193). Aunque esta expansión o multiplicación de la frontera (o “borderization” en el lenguaje de la autora) depende en el enfoque de Sassen de procesos que ella estudia dentro del ámbito de lo que

llama ciudades globales, parece posible y necesario extender la idea de la fronterización mucho más allá de esos confines. La forma más obvia de esta expansión es la multiplicación de los puntos de encuentro entre los inmigrantes latinos y el resto de la población estadounidense. Si antes estos encuentros estaban fundamentalmente limitados a los estados que poseían una frontera física con México o a los estados inmediatamente próximos, lo que es significativa, si no absolutamente nuevo (piénsese en la más larga presencia mexicana, cubana o puertorriqueña en Chicago, Miami y Nueva York, respectivamente) es el nuevo patrón migratorio que ha llevado a los Latinos a expandirse por todo el territorio nacional. Las nuevas fronteras de la vida cotidiana tienen lugar (es decir se ubican espacialmente y acontecen como eventos o experiencias) no sólo en aquellos grandes centros urbanos históricamente ligados a la presencia de inmigrantes mexicanos en el sudeste norteamericano, sino, y muy especialmente, en las nuevas fronteras de estados como Carolina del Norte, Georgia, Oregón y Nevada. Cada uno de estos espacios se torna escenario en que se dramatiza la interculturalidad en zonas de contacto. Estos espacios pueden ser concebidos desde al menos dos ángulos según sean definidos, por una parte, por las condiciones regionales macrosociales claramente explotadoras y simultáneamente hostiles a los inmigrantes (piénsese en las zonas militarizadas de la frontera misma, o en espacios regionales como Arizona y Texas), y por otra, por las condiciones microsociales en donde los resultados locales pueden cubrir el abanico que va desde la violencia directa al respeto y la aceptación relativa.

Refiriéndose al primer tipo, Gilberto Rosas señala que la intensificación de la vigilancia militarizada de la frontera ha generado junto al vigilantismo racista y a las reacciones por los derechos de los inmigrantes, lo que llama “the borderlands condition: a coupling of exceptionality [...] and potent political imaginaries” (2006: 344) (xenófobos, racistas y resistentes, entre otros). Rosas añade que esta condición fronteriza se está volviendo más densa y viaja ahora por el interior de los Estados Unidos, separada de sus orígenes en el sudoeste geográfico.

5. Lugares de la fronterización

En lo que resta de este artículo, y para concluir, quiero desarrollar un poco más el segundo tipo de espacios microsociales arriba mencionados y destacar su impacto en la vida cotidiana de migrantes y no migrantes. Quiero explorar brevemente dos ejemplos de este segundo tipo de espacio post-social de frontera en el interior de los Estados Unidos en donde predomina una cierta forma abierta de estructuración y explotación del afecto. Me refiero a la esquina urbana y a los restaurantes.

En América Latina, crónicas como “La esquina es mi corazón (o los New Kids del bloque)” del chileno Pedro Lemebel (1995) refieren a la “esquina” como un lugar privilegiado en la sociabilidad juvenil de las poblaciones marginales en Santiago. En la esquina se cruzan los diseños de las políticas exclusionarias del neoliberalismo, que ha relegado a estos jóvenes a la calidad de sobrantes o residuos de lo social, con la voluntad de estos mismos sujetos juveniles de encontrar formas de autoorganización y presencia en el entorno urbano. La esquina es, simultáneamente, un lugar ciudadano de exclusión e inclusión, un espacio de invisibilización por exclusión y de altísima visibilización, en tanto lugar y forma de sociabilidad y en cuanto objeto de las políticas y prácticas de cri-

mineralización de la pobreza juvenil usadas por las fuerzas policiales y las autoridades municipales. Es, pues, una frontera interna. Algo parecido, y por parecidas razones, ha venido ocurriendo con los inmigrantes en las esquinas urbanas de muchas ciudades y pueblos en los Estados Unidos.

Los llamados “day laborers” son trabajadores contratados por el día para realizar un trabajo con pago al contado. Normalmente se trata de labores en la construcción, jardinería, pintura y arreglo de casas. Aunque no todos los jornaleros son indocumentados, estos últimos, en su fenotipo racializado, son, en los Estados Unidos, su cara más visible y más controvertida. De acuerdo con un estudio publicado en el año 2006, de los casi 120.000 trabajadores que buscan cada día trabajo de este modo, 75% son indocumentados y casi 80% lo buscan en lugares informales como la esquina de la supertienda de construcción (Valenzuela *et al.* 2006). La gran mayoría de ellos (83%) depende exclusivamente de esta forma de trabajo para su subsistencia. Para muchos, la esquina es su “oficina” y “un lugar único puesto que es la única oficina [...] en donde a un migrante indocumentado se le permite buscar trabajo en los Estados Unidos” (Bhimji 2010: 163).

La gran mayoría de los jornaleros se halla hoy atrapada entre la crisis económica que ha disminuido significativamente sus ingresos diarios y la imposibilidad de regresar temporalmente a sus países de origen debido a la militarización de la frontera (Bhimji 2010: 174). Aunque muchos se encuentran de paso por una cierta ciudad o incluso sólo temporalmente en los Estados Unidos, casi dos tercios de ellos tiene hijos, el 28% de los cuales nacieron en este país (Valenzuela *et al.* 2006: ii). Para ellos su condición se define entre la realidad laboral de sus países de origen por un lado, y la crisis del sueño americano y las presiones de una familia en los Estados Unidos por otro. Fazila Bhimji recoge este testimonio en una esquina de Los Angeles:

F: What are your future plans? Do you wish to return or do you wish to stay here?

David: One is that I can return. But the thing is that my children were born here. This is their country. So, I have to think of them. [...] The situation is such that what I earn there [Guatemala] in fifteen days I earn here in two days. For these reasons, I will stay here. My children will get ahead, and, well, one has to have faith in God (Bhimji 2010: 173).

Existen dos tipos básicos de espacios a través de los cuales los jornaleros tienen acceso al mercado laboral. El más común es el espacio informal de la esquina, vastamente extendido por zonas urbanas y suburbanas en los Estados Unidos. Allí, en una situación de alta exposición y visibilidad, además de encontrar ocasionalmente trabajo, los jornaleros son con frecuencia víctimas del rechazo y, a veces, del racismo explícito de los miembros blancos de la comunidad. Una de las formas comunes de esta reacción ha sido el uso de las ordenanzas municipales (contra el vagabundeo, el arrojar basuras en la vía pública, etc.) como una forma directa de hostilizar a los inmigrantes en este espacio laboral de la esquina. Monica Varsanyi ha llamado a estas tácticas una suerte de “política de inmigración por otras vías” (“immigration policy by proxy”) o ‘por la puerta trasera’, dado que por ley sólo al gobierno federal le compete la regulación y control de la inmigración (Varsanyi 2010: 135-136). El otro espacio laboral para jornaleros son los llamados centros de contratación, en donde, bajo diferentes formas, se intenta organizar más formalmente la relación entre empleador y jornalero (Purser 2009; Cleveland/Pierson 2009).

El cuerpo hipervisibilizado de los jornaleros se constituye en estos espacios de fronterización de manera doble: se trata, por un lado, de cuerpos marcados socialmente por procesos de racialización excluyente, que los hacen sospechosos a priori; por otro, ese mismo cuerpo funciona como lo que Loïc Wacquant (citado por Purser 2009: 121) ha llamado “capital corporal” masculino, en tanto dicha apariencia corporal es la base de su percibida disposición y capacidad para realizar las tareas duras y sucias que se les encargan. Esta dinámica reproduce aquella análoga identificada por Waldinger y Lichter (2003), según la cual lo que define al inmigrante latino como ‘buen trabajador’ para labores de alta explotación y bajos salarios, es lo mismo que los confirma ante sus patrones como ciudadanos de segunda o tercera categoría sin inglés ni aspiraciones y los hace objeto de su menosprecio.

En palabras de Nicholas de Genova, en esta fronterización de la vida cotidiana:

The boundary lines have less to do with the border in and of itself, and more to do with the stark textures of everyday life and labor for Mexican migrants in the United States. Mexican migrants’ racialization is plainly inseparable from their subordination as workers, and the social production of migrant “illegality” that is so essential to the exploitation of their labor is likewise deeply interwoven with the particularities of their racialization (De Genova 2005: 143).

Un caso similar al de los jornaleros es el de los trabajadores latinos de restaurantes a lo largo del país. En este caso, sin embargo, las dinámicas de socialización del espacio físico se ordenan de acuerdo a lo que, en un trabajo pionero de 1959, Erving Goffman propuso analizar como regiones sociales y las formas de conducta que generan en las diferentes formas de presentación del yo. Distinguió para ello entre espacios de atrás y de adelante (respectivamente privado y público, informal y formal) y las formas de comportamiento y adaptación que suponían, y reveló así una topología de lo social en que espacio, roles sociales y conducta o *performance* se hallaban claramente imbricados. Esta cartografía incluía, además de la división fundamental entre atrás y adelante, las formas de conexión, los pasajes o fronteras entre uno y otro.

Junto a las contradicciones entre los estándares predominantes en las regiones visibles e invisibles, y las formas dispares de conducta según si el actor se conceptualiza a sí mismo como “in” o “out of character”, dentro o fuera de la zona performática visible, Goffman menciona varios ejemplos que hablan no sólo de la estratificación de clase que orienta la separación entre regiones, sino también de discriminación racial –“Employers complete the harmony by hiring persons with undesirable visual attributes for back region work, placing persons who ‘make a good impression’ in the front regions” (1959: 124)– y de formas de estructuración genérica del poder en el hogar (123). Se constituía así toda una serie de regiones en donde una doble conducta y una variedad de estándares eran las características definidoras de acuerdo a un eje organizador que separaba lo visible de lo invisible.

Aunque el interés básico de Goffman era estudiar los cambios de conducta en sujetos que debían pasar de una región de la vida cotidiana a otra, mucho más que la segregación de clase, raza, género o etnicidad, su trabajo me sirve aquí para presentar a los trabajadores latinos de restaurantes como ejemplos de estas zonas y formas de la liminalidad que, en sus varias encarnaciones, han pasado a ser parte integral de los paisajes urbanos, suburbanos y aún rurales en los Estados Unidos.

Los inmigrantes latinos en diversos grados de indocumentación constituyen una parte cada vez más importante de los trabajadores que prestan servicios en restaurantes. Más específicamente, en ciudades como New York, Chicago y Los Angeles son, con frecuencia, la mayoría de quienes trabajan en la parte trasera del negocio. La hiperflexibilidad del trabajador indocumentado latino se manifiesta aquí, nuevamente y de manera algo perversa, como aquello que al mismo tiempo que los califica para el trabajo de la cocina en la parte de atrás de los restaurantes —y los descalifica para la producción del afecto adecuado y en inglés en el contacto de servicio con el público anglo— asegura su sistemática explotación como trabajadores sin derechos. En las palabras del gerente de un restaurante francés en Los Angeles:

Yes the immigrants just want to work, work long hours, just want to do anything. [...] They like to work. They have large families, a big work ethic, and small salaries. The whites [empleados en la parte delantera del negocio] have more, so they're willing to work fewer hours. Vacation time is important to them. [...] The back-of-the-house workers take vacation pay and then work through their vacation (citado por Waldinger/Lichter 2003: 161).

Lo que hace posible esta alta disposición a aceptar, primero, cualquier trabajo bajo cualquier condición, y, luego, continuar en él indefinidamente es, por supuesto, lo que De Genova (2005) ha llamado la activa ilegalización del migrante por parte del Estado y la economía norteamericana. El miedo, la ansiedad, la inseguridad permanente y la falta de derechos son la receta perfecta para hacer del trabajador migrante un factor de altísima productividad para el capital y la provisión privada de servicios en un contexto post-social.

Haciendo la crónica de una organización pionera en la lucha por los derechos de los trabajadores de restaurantes en New York, Rinku Sen señala, por su parte, que hacia el reciente cambio de siglo había en esa ciudad norteamericana 165.000 trabajadores en dicha industria. De ellos, el 70% aproximadamente era extranjero y, de entre éstos, el 40% se suponía indocumentado. La mayoría de estos extranjeros trabajaban, y trabajan aún, en la parte de atrás de la empresa bajo condiciones frecuentemente abusivas y discriminatorias (Sen 2009: 46). Cuando el “Restaurant Opportunities Center” de New York (ROC-NY) terminó de producir su exhaustivo informe, *Behind the Kitchen Door* (2005), había logrado determinar una clara “jerarquía racial” en la industria: los mejores trabajos, en el frente, se reservaban para los blancos, mientras que los trabajos duros, mal pagados y sin posibilidad de movilidad eran destinados a los trabajadores extranjeros, “de color”. Además de abundantes testimonios de abusos y de empleadores que duplican la lógica y la visión del gerente arriba citado, el informe contiene, sin embargo, varios ejemplos del exitoso trabajo de organización transfronteriza, entre los trabajadores blancos de las regiones frontales y los trabajadores de color de las traseras, en la lucha por recuperar salarios negados y establecer derechos comunes. A través de ellos podemos entrever una forma potencial de política progresista transfronteriza que, fundada en un afecto alternativo y solidario, sea capaz de revertir la dinámica de la fronterización racializada de la vida cotidiana en muchos espacios laborales en los Estados Unidos. Sen señala:

An organization that seemed to have nothing to do with white people – whose staff and members were overwhelmingly people of color, overwhelmingly undocumented immigrants – had turned out to be the one place where the white U.S.-born workers could find a way to stand up for themselves (Sen 2009: 44).

Tanto en el caso de los jornaleros en la esquina como en el de los trabajadores en la parte trasera del restaurante se trata de entender la doble y paradójica productividad de una zona de fronterización en la vida cotidiana, que se funda tanto en la administración de los afectos mutuos, especialmente del miedo, la ansiedad y el resentimiento, bajo condiciones de explotación, cuanto en la mutua pero desigual construcción de espacios e identidades sociales que definen a los *insiders* y a los *outsiders*. Todos sufren alguna forma de miedo e inseguridad, pero algunos tienen muchos derechos y oportunidades, mientras que otros gozan de muy pocos. En ambos casos, los trabajadores migrantes entran en contacto directo o indirecto con las clases medias que, simultáneamente, les temen y los necesitan para la provisión de servicios. Servicios que, ahora, sólo parecen posibles bajo las condiciones de sospecha y miedo, explotación y falta de derechos, generadas por las políticas inmigratorias del Estado norteamericano.

Los trabajadores indocumentados de restaurantes y los jornaleros son así otro caso de algunas de las formas de liminaridad que afectan, por ejemplo, a los centroamericanos en los Estados Unidos (Menjívar 2006) o a muchos indocumentados en ciudades globales (Sassen 2007). Son también, además, ejemplo de las formas de redefinición de las prácticas de ciudadanía por parte de sujetos que, habiendo establecido un contrato social informal con las sociedades que los reciben, luchan por expandir su acceso al reconocimiento y a los derechos formales (Sassen 2007). Esta dialéctica entre “liminaridad social” y “negociación cultural” caracteriza la salud mental y la psicología del migrante, incluso más allá de su documentación o indocumentación (Simich/Maiter/Ochocka 2009). El miedo a los otros, el temor al riesgo y la inseguridad no sólo afectan, aunque de modos diversos, a la población inmigrante indocumentada sujeta a condiciones de fronterización –desde los estudiantes californianos llamados AB 540 hasta las empleadas domésticas de puertas adentro, pasando por los trabajadores agrícolas– sino que constituye, siguiendo a Brian Massumi, una condición generalizada de la vida en el capitalismo tardío: “Fear is not fundamentally an emotion. It is the objectivity of the subjective under late capitalism” (Massumi 1993: 12). Una condición menos personal que difusa y omnipresente que se manifiesta tanto en el consumo, que intenta, insatisfactoriamente, darnos más entidad y espesor, como en el temor al riesgo y al accidente, que se extiende desde lo viral a lo ambiental, pasando por el terrorismo y la violencia gratuita de los otros (y hacia los otros). Corey Robin, por su parte, habla, en el contexto estadounidense, de una doble politización y despolitización de los objetos del miedo político. Políticamente, el miedo –a los terroristas, a la decadencia económica o moral, al gobierno o al crimen– es movilizado para producir formas de identidad política que funcionan por la vía de un contraste radical entre el yo y los otros. La despolitización ocurre por la vía de negar esta misma movilización política del miedo y la inseguridad para asumirla, en cambio, como la última forma de unidad al alcance de una colectividad amenazada por los otros dentro y fuera del país (Robin 2004: 6).

6. Conclusión

En la nueva ciudad latinoamericana del momento neoliberal, de la cual nos habla Jesús Martín-Barbero (2002), hay una doble economía social de la violencia, a través de la cual, primero, los medios de comunicación median insistentemente el miedo al otro

con noticias y programas sensacionalistas que acentúan la falta de seguridad, mientras que, en segundo lugar, la misma desconfianza hacia los otros se manifiesta espacialmente tanto en su exclusión en favelas como en los amurallados y exclusivos conjuntos habitacionales. Si allí se erosiona de este modo la memoria urbana colectiva y se privatiza la experiencia de la ciudad y su cultura, multiplicándose en el proceso lo que aquí he llamado zonas de fronterización al interior del país, con las consiguientes dinámicas de desconfianza y miedo hacia aquellos que sólo pertenecen a la polis de una manera disminuida o informalizada. En los Estados Unidos, esos lugares de frontera (la esquina urbana, el campo agrícola y los restaurantes para sólo nombrar tres) son la cara visible, los puntos de sintomatización de una economía social igualmente violenta y discriminatoria, que esconde la presencia y la contribución esencial de los trabajadores inmigrantes a la economía y sociedad norteamericanas y les niega la pertenencia formal.

Todo ello forma parte de un campo emergente y necesario de lo que podríamos llamar estudio de la alta productividad de los otros en su otredad localizada e informalizada. Tanto delincuentes, reales e imaginados, como inmigrantes, documentados e indocumentados, son parte de esta economía neoliberal que ha amurallado, metafórica y a menudo físicamente, a la clase media; que ha colocado a la violencia y al crimen urbano como la principal preocupación de muchas agendas públicas, y a la ansiedad, el miedo y la desconfianza hacia el otro racializado y/o informalizado como el objetivo de las consecuentes políticas de contención y represión; que al mismo tiempo que ha luchado por poner fin a las formas de servicios sociales que, favoreciendo sustancialmente a las clases medias, aliviaban también la pobreza de los destituidos y hacían posibles algunas formas de movilidad social, integración, y/o asimilación, ha multiplicado, en razonamiento circular, los presupuestos de seguridad interna y externa destinados a controlar a estos cada vez más temidos y destituidos cuasi-ciudadanos.

Bibliografía

- Arau, Sergio (2004): *Un día sin mexicanos/A Day Without a Mexican*. DVD, Televisa Cine-Xenon Pictures.
- Bada, Xóchitl/Fox, Jonathan/Seele, Andrew (2006): *Invisible No More. Mexican Migrant Civic Participation in the United States*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Bhimji, Fazila (1010): "Undocumented Immigrant Day Laborers Coping with the Economic Meltdown in Los Angeles". En: *Cultural Dynamics*, 22, 3, pp. 157-178.
- Cleaveland, Carol/Pierson, Leo (2009): "Parking Lots and Police. Undocumented Latinos' Tactics for Finding Day Labor Jobs". En: *Ethnography*, 10, 4, pp. 515-533.
- De Genova, Nicholas (2005): *Working the Boundaries. Race, Space and "Illegality" in Mexican Chicago*. Durham: Duke University Press.
- Flores, William V. (1997): "Citizens vs. Citizenry: Undocumented Immigrants and Latino Cultural Citizenship". En: Flores, William V./Benmayor, Rina (eds.): *Latino Cultural Citizenship. Claiming Identity, Space and Rights*. Boston: Beacon Press, pp. 255-77.
- Flores, William V./Benmayor, Rina (1997): "Introduction. Constructing Cultural Citizenship". En: Flores, William V./Benmayor, Rina (eds.): *Latino Cultural Citizenship. Claiming Identity, Space and Rights*. Boston: Beacon Press, pp. 1-23.
- Goffman, Erving (1959): *The Presentation of Self in Everyday Life*. New York: Doubleday.

- Gonzales, Alfonso (2010): "Beyond the Consensus: Oppositional *Migrante* Politics in the Obama Era". En: *NACLA Report on the Americas*, 43, 6, pp. 20-24.
- Guttoff, Bija (2006): "A Day Without a Mexican". En: <<http://www.apple.com/pro/profiles/arau/>> (10.12.2011).
- Harvey, David (1990): *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell.
- (2000): *Spaces of Hope*. Berkeley: University of California Press.
- Lemebel, Pedro (1995): *La Esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Martín-Barbero, Jesús (2002): "La Ciudad que median los miedos". En: Moraña, Mabel (ed.): *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburgh: University of Pittsburgh/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 19-35.
- Massumi, Brian (1993): "Everywhere You Want to Be: Introduction to Fear". En: Massumi, Brian (ed.): *The Politics of Everyday Fear*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 3-38.
- Menjívar, Cecilia (2006): "Liminal Legality: Salvadoran and Guatemalan Immigrants' Lives in the United States". En: *American Journal of Sociology*, 111, 4, pp. 999-1037.
- Miller, Toby (1998): *Technologies of Truth. Cultural Citizenship and the Popular Media*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Purser, Gretchen (2009): "The Dignity of Job-Seeking Men. Boundary Work among Immigrant Day Laborers". En: *Journal of Contemporary Ethnography*, 38, 1, pp. 117-139.
- Quijano, Anibal (2003): "Colonialidad del poder: eurocentrismo y América Latina". En: Lander, Edgardo (ed.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO/UNESCO, pp. 201-242.
- Restaurant Opportunities Center of New York (2005): *Behind the Kitchen Door: Pervasive Inequality in New York City's Thriving Restaurant Industry*. En: <<http://www.urbanjustice.org/pdf/publications/BKDFinalReport.pdf>> (10.12.2011).
- Robin, Corey (2004): *Fear. The History of a Political Idea*. Oxford: Oxford University Press.
- Rosas, Gilberto (2006): "The Thickening Borderlands. Diffused Exceptionality and 'Immigrant' Social Struggles during the 'War on Terror'". En: *Cultural Dynamics*, 18, 3, pp. 335-349.
- Roscoe, Jane/Hight, Craig (2001). *Faking it. Mock-documentary and the Subversion of Factualty*. Manchester: Manchester University Press.
- Rose, Nikolas (1999): *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rotker, Susana (1992): *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- (2000): "Ciudades escritas por la violencia. (A modo de introducción)". En: Rotker, Susana (ed.): *Ciudadánías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad, pp. 7-22.
- Sassen, Saskia (2007): *A Sociology of Globalization*. New York: Norton.
- Sen, Rinku (2009): "Back of the House, Front of the House. What a Campaign to Organize New York Restaurant Workers Tells Us about Immigrant Integration". En: *National Civic Review*, 242, pp. 43-51.
- Shafir, Gershon (1998): *The Citizenship Debates. A Reader*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Simich, Laura/Maiter, Sarah/Ochocka, Joanna (2009): "From Social Liminality to Cultural Negotiation: Transformative Processes in Immigrant Mental Wellbeing". En: *Anthropology & Medicine*, 16, 3, pp. 253-266.
- Simmel, Georg (1997): *Simmel on Culture. Selected Writings*. Edited by David Frisby and Mike Featherstone. London: Sage.
- terra.com (2006): "'Un día sin mexicanos', entre las ventas de DVD más populares". En: <http://www.terra.com/entretenimiento/cine/noticias/un_dia_sin_mexicanos_entre_las_ventas_de_dvd_mas_populares/oci84551> (10.12.2011).

- Valenzuela Jr., Abel/Theodore, Nik/Meléndez, Edwin/Gonzalez, Ana Luz (2006): “On the Corner: Day Labor in the United States”. Technical Report, UCLA/Center for the Study of Urban Poverty, <[http: http://www.sscnet.ucla.edu/issr/csup/uploaded_files/Natl_DayLabor-On_the_Corner1.pdf](http://www.sscnet.ucla.edu/issr/csup/uploaded_files/Natl_DayLabor-On_the_Corner1.pdf)> (10.12.2011).
- Varsanyi, Monica (2010): “City Ordinances as ‘Immigration Policing by Proxy’: Local Governments and the Regulation of Undocumented Day Laborers”. En: Varsanyi, Monica (ed.): *Taking Local Control. Immigration Policy Activism in U.S. Cities and States*. Stanford: Stanford University Press, pp. 135-154.
- Waldinger, Roger/Lichter, Michael I. (2003): *How the Other Half Works. Immigration and the Social Organization of Labor*. Berkeley: University of California Press.